

ADÁN SALINAS ARAYA. *La semántica biopolítica. Foucault y sus recepciones*. Presentación del libro. CENALTES Ediciones, Viña del Mar, 2014, 346 págs.

Recientemente ha llegado a nuestras manos una obra filosófica de envergadura. Se trata del libro “La semántica biopolítica. Foucault y sus recepciones”, publicado por CENALTES Ediciones en 2014 y escrito por Adán Salinas Araya, joven filósofo chileno, graduado de doctor hace muy poco en la Universidad Complutense de Madrid.

Tuve oportunidad de acceder al momento germinal de estas ideas hace un tiempo y puedo ahora constatar el sobresaliente desarrollo que ellas han alcanzado tras algunos años, mediante la fina elaboración de la que fueron objeto en las páginas que a continuación pretendo comentar.

Me parece que es posible regular una apreciación general de esta obra a través del reconocimiento de al menos tres ejes analíticos fundamentales que definen su carácter y perfilan rasgos intrínsecamente diferenciales suyos respecto de otras obras de su mismo tipo.

Sin embargo, antes de recorrer cada uno de ellos y presentar estas breves consideraciones, me voy a permitir detenerme en un hecho puntual cuya advertencia, a mi juicio, le impone un valor agregado al texto de Salinas. Este tiene que ver precisamente con el expandido horizonte de estudios sobre biopolítica en el que se enmarca su trabajo y que, como bien sabemos, constituye un afán preponderante de muchos investigadores desde hace aproximadamente un par de décadas. Me parece que el libro ya ostenta un rendimiento extraordinario solo por ingresar con tanta propiedad en esta esfera de una discusión relevante y ampliamente compartida en nuestro tiempo.

Aunque no habría que dejar de considerar que, tal como ha ocurrido con otras oleadas filosóficas anteriores, en que una teoría particular ha conurbado el campo de gravitación logrado por otra previamente, en el caso de los estudios sobre biopolítica también se ha generado ese curioso efecto de sobreproducción editorial íntimamente asociado a su emergencia e instalación paradigmática. La abundancia inaudita de trabajos de diverso tipo y variados resultados que ha tendido a producirse, disímiles en cuanto a su calidad y rigurosidad, seguramente llevará a que muchos de ellos ejerzan un nulo impacto en la discusión especializada. Es muy probable que la mayor parte quede relegada a un borde de insignificancia y desconocimiento que justificaría todo reclamo ambientalista por los recursos forestales despilfarrados en la impresión de esos miles de páginas que finalmente nadie leerá. Me atrevería a sostener que no es ese el destino del texto que nos ofrece Adán Salinas en esta oportunidad y que es de lo más razonable anticipar su éxito y su trascendente presencia futura en los ámbitos académicos.

Pero, vamos a lo ofrecido. Tal como su propio título ya nos lo hace ver, estimo que el primer eje analítico que podemos proponer para incursionar en el texto es, precisamente, el de la “recepción” filosófica. No deja de resultar sorprendente este peculiar gesto recursivo al que echa mano el texto cuando su propio subtítulo alude a las recepciones de que ha sido objeto el pensamiento de Michel Foucault, siendo que la obra es en sí misma una recepción; aquella que nuestro autor quiere consagrar como su propia lectura del devenir de la biopolítica. Doble recepción por tanto. Una recepción de recepciones

podríamos pensar que es lo que tenemos a la vista. Un efecto de abismamiento entonces, un distanciamiento productivo respecto de las ideas originales, que llegan ahora hasta el lector tras sucesivas mediaciones; una vez que han pasado de mano en mano, de lectura en lectura, de interpretación en interpretación. Por tanto, debido a su específica estrategia expositiva y por la estructura discursiva que se expone en el libro, lo que se nos muestra es entonces finalmente una “recepción”. Ya en sus páginas conclusivas, el texto se empieza a ver claramente marcado por un tono personal que lo deja muy en claro. Abundan expresiones del tipo “Se trata de un argumento que comparto” (p. 311), “Como digo, suscribo el análisis general y me parece un aliado valioso; aunque debo señalar algunos puntos de distancia” (p. 319), o “Si interpreto bien este paso [...]” (p. 325). No se trata de una recepción ingenua, obviamente, que quiere atesorar lo recibido y encapsularlo veritativamente. Por cierto que no. De lo que Adán Salinas parece hacerse cargo más bien es de la tarea de sumarse al giro receptivo ya desencadenado antes que él por el vasto universo de autores cuyo pensamiento examina, y favorecer para los lectores la continuidad de la tarea interpretativa; instándonos a que seamos nosotros también receptores y nos dispongamos para enfrentar receptivamente el relato que personalmente nos ofrece; es decir, para que demos cuerpo así a una reproducción crítica del saber disciplinario, tal como él también parece haberlo querido hacer. Ahora solo nos queda recoger este interesante desafío.

Pero, al mismo tiempo, me parece que es posible referir también un segundo eje analítico para incursionar en el comentario de este interesante libro. Me refiero a la cuestión de la “actualización” del contenido filosófico que nos presenta. Lo que no me parece menor, sobre todo si consideramos la colonización de la que crecientemente está siendo objeto la filosofía por parte de la lógica cientificista de generación del saber. Como bien sabemos, esta presiona fuertemente a nuestra práctica para que se deje medir por un conjunto de indicadores otrora vistos con desdén por la disciplina. Sabemos que hoy, sin embargo, ellos se estatuyen como el canon irrenunciable al que debemos ajustarnos. Entre otros requerimientos, el asunto de la actualización permanente de los contenidos disciplinarios, la puesta al día de los conocimientos, parece ser un asunto decisivo para el curso de la investigación de nivel superior, ahora también en nuestro medio. En este sentido, el libro que acá comentamos es una muestra fehaciente de esa “actitud” de actualidad de la que estamos siendo requeridos, del reconocimiento de esa disposición anímica que permite llevar a cabo el seguimiento experto y minucioso del tránsito del conocimiento que el estándar actual nos impulsa a exhibir. Sus casi trescientas cincuenta páginas nos interpelan en todo momento con un examen sistemático de las ideas, una indagación exhaustiva, abarcante, acometida sin duda con el máximo rigor intelectual. Sumado a ello, y como un producto de este mismo logro de actualización del complejísimo contenido argumental de la biopolítica, el libro viene a constituirse en una valiosa fuente de datos para los estudiosos; digamos que, en un material de pesquisa filosófica del que prácticamente carecíamos hasta ahora en nuestra lengua, lo que por cierto no queda más que celebrar. Y claro, puede ser solo expresión de mi desconocimiento, pero tengo la convicción de que, más allá de algunos intentos llevados a cabo por seguidores latinoamericanos del tema, entre los cuales destaca sin objeción la historia publicada recientemente por Santiago Castro-Gómez, no parece haber otra

entrada más consumada a la biopolítica postfoucaultiana que la presentada y comentada con tanta excelencia por Salinas en la sección conclusiva de su obra.

Quizás sea esto último lo que nos permita señalar un brevísimos comentario final para este libro y que bien puede ser entendido como el tercer eje que permite el recorrido analítico por su intrincada arquitectura narrativa. Se trata, *mutatis mutandis*, de una verdadera *summa*, a mi modesto parecer. De algún modo, este libro responde a una aspiración de compendio del saber de la biopolítica, de una acumulación coherente y decantada de la reflexión personal de su autor al respecto. Quizás ello obedezca a la propia genealogía de la obra y sea que el formato bibliográfico que las ideas originarias adquirieron dejó deslizarse subrepticamente la pulsión panorámica que a veces acompaña a los trabajos de grado, cuyo presencia opera siempre como un evanescente palimpsesto. Quizás sea esto, no se puede saber con certeza. Lo único verdaderamente indiscutible tras su lectura es que el efecto crecientemente persuasivo que va consiguiendo a medida que se avanza en sus capítulos es indesmentible. Y definitivamente dicho efecto se estabiliza en esa convicción que a uno finalmente lo invade cuando termina de leer, que es la de haberse enfrentado a una importante obra filosófica que seguramente dará mucho que hablar.

RAÚL VILLARROEL
Universidad de Chile
rvillarr@uchile.cl